

Entre tú y yo, un punto y coma

Abril Nívaz



Capítulo 1

RECUERDOS

Domingo, doce y media de la noche y, como de costumbre, me cuesta conciliar el sueño. Ni siquiera me he metido en la cama todavía, pues sé que tardaré un buen rato en pegar ojo. Me siento junto al borde de la ventana mientras observo la calle desierta en esta dulce noche. A través de mis auriculares, escucho el tema *Le lac*, de Julien Doré. Le doy un último sorbo al café y, tras dejar la taza, me quedo idiotizada observando mi muñeca. Hace seis años... Ese punto y coma tatuado me recuerda el fracaso de un sueño fallido que buscaba dejar el dolor atrás. ¿Murió el dolor y nació la esperanza? ¿Volví a empezar? ¿Fui capaz de cumplir mi promesa? Hoy, desde la distancia, sé bien cuál es la respuesta. ¿Decepción? Quizá... El dolor nunca muere del todo, siempre queda un poquito bajo la piel; lo suficiente como para recordarte que sigues vivo. Y yo... sigo viva, a pesar de todo.

Comienza este mes de septiembre que me recuerda al inicio y al mismo tiempo al fin. Termina un verano insulso y anodino que me ha dejado sabores amargos con resquicios de un pasado ya bastante lejano. Sin embargo, hay algo que hace crecer en mí una sensación como de rebrote, como una especie de renacer interno que me genera esperanza. Quizá esta vez sí comience a tener sentido ese punto y coma. Quizá este es el momento que llevo esperando desde hace mucho. Quizá haya conseguido sanar la herida lo suficiente como para volverla cicatriz y empezar a olvidarla, que no borrarla. Quizá haya encontrado el equilibrio perfecto entre mi caos de sentimientos en declive y mis ganas de volver a resurgir.

Apago la luz y me acuesto sobre la cama disfrutando del olor a incienso, el cual me genera un aura perfecta para dejar de pensar y comenzar a respirar. Eso es, respirar... La luz de la calle entra por la ventana y la dejo estar porque, en cierto modo, me hace sentir acompañada. Cierro los ojos pretendiendo huir de mi cabeza para comenzar la búsqueda de Morfeo, pero no está, todavía no ha llegado. Como siempre, se hace de rogar.

En mi mente vuelvo a verla, ahí está ella, puntual y delicada. Me sonrío mientras se aleja en un recuerdo tan difuminado que casi no la distingo bien. Durante un tiempo indeterminado, conseguí desdibujarla y guardarla en algún rincón de mi interior, pero le di el poder suficiente para regresar y comenzar a herirme muy despacio desde dentro. Ella se escurría, habilidosa, entre mis venas de un modo tan sutil que, cuando quise frenarla, ya no tuve tiempo de reacción. Y así me he pasado la vida, escapando inútilmente de un recuerdo lejano que me atormenta y reabre

la herida una y otra vez. No he podido curarla. ¿Es ella quien no me ha dejado o he sido yo misma? No pude decirle adiós, hoy tengo el valor suficiente para admitirlo. Tal vez, aunque me hubiese despedido, no habría sido bastante. Quizá, la culpa nunca me habría abandonado, pues nos hemos acostumbrado a convivir juntas y ahora, como en una cruel relación tóxica y dependiente, no somos capaces de dejarlo. Nos consumimos dentro de un vínculo enfermizo en que me dejo vaciar por la culpa para cederle el dolor que ella necesita como alimento.

Abro los ojos, convertidos ahora en nubes grises que llueven y cubren el cielo; mi cielo... No sé si azul, algún día lo fue. Hoy ya no lo es, pocas veces está despejado. La lluvia se desliza por mis mejillas hidratándome la piel como en una especie de limpieza y desinfección, la cual sé bien que solo será superficial. En la penumbra de la habitación veo una fotografía que me recuerda tiempos pasados donde pude ser feliz de verdad. Ella está conmigo, nuestras manos se entrelazan en un bonito día de verano. Caminamos de espaldas en una imagen tan bella y adivinatoria al mismo tiempo que me produce una intensa sensación de frío. Parece una despedida en un camino nunca buscado que, de forma injusta, nos separó para siempre. Y este es un siempre decidido, indefinido y atemporal en el que solo existen los recuerdos.

Es hora de volver a guardarte, de esconder tu imagen y algún día permitirte salir de nuevo. Tal vez, algún día deje de dolerme hasta el simple roce del aire sobre la herida y pueda, así, volver a mirarte sin sufrimiento. Por ahora aún es pronto, todavía me atraviesan punzadas de recuerdos; recuerdos mordaces que anidan en mi memoria. Son imágenes sueltas, rápidas, llenas de fuerza, como estrellas fugaces.

Quiero gritar, pero me contengo. Quiero borrar el pasado y no puedo. Quiero ser feliz y no sé cómo.

Capítulo 2

CONECTANDO

«Y de repente, un día cualquiera, de tu cabeza brotan montones de recuerdos como si fueran árboles que florecen después del invierno. Y de repente te percatas, otra vez, que no es preciso un día especial, que los recuerdos vienen y van. Quizá hoy porque llueve; quizá mañana porque hará frío; tal vez siempre. Sí, siempre.

Estás aquí, grabada a fuego... porque cuando algo ocurre así, de esta manera, es imposible de borrar. El tiempo pasa y tú conmigo. Vives en mí».

Comienzo mi día recordando este texto que escribí durante mi adolescencia. Hace tiempo solía escribir mucho a modo de terapia. Así es como creé una especie de libro al que puse por título «Crecer» y en el que recogía textos de poetas o, simplemente, escritos propios en los que trataba de plasmar mis sentimientos. Cuando me siento nostálgica vuelvo a él en una especie de ritual sanatorio que, de algún modo extraño, me ayuda a sentirme mejor.

Levanto la persiana y noto como la luz de la mañana se clava en mis pupilas. Parece que he estado viviendo en una cueva los últimos diez años. Flash me da los buenos días maullando con suavidad mientras frota su cabecita contra mis piernas. Decido que es hora de desayunar y así lo hacemos, juntos, como cada mañana. Debo empezar el día de esta nueva vida que, sin ser ideal, al menos me brinda la oportunidad de volver a intentarlo.

Me ducho y, tan apurada como siempre, comienzo a vestirme. Sé que volveré a retrasarme. ¡Soy un desastre en constante evolución! Salgo en mi moto directa como una flecha hacia la tienda de moda infantil donde he empezado este nuevo andar. Me habría gustado hacerlo como psicóloga, pero creo que esto es más de lo que podría esperar porque, en verdad, no ha sido nada fácil llegar hasta aquí.

Aterrizo unos minutos tarde, aunque, por suerte, todavía no hay nadie. Levanto la reja y pongo todo a punto para empezar esta nueva y tranquila jornada laboral. Aprovecho para actualizar algunos precios, colocar varias prendas nuevas y ordenar otras en la sección de rebajas. Poco a poco, la gente se anima y empiezo a recibir visitas. Es una pequeña y coqueta tienda, así que la mayoría de las personas que vienen son abuelas o

madres que viven en el barrio.

Como siempre, trato de ser agradable y, por supuesto, dar siempre la razón al cliente. Creo que, de cara a la galería, parezco una chica normal con una vida normal... De cara a la galería, claro. Comienzo a reírme de mí misma en uno de esos momentos a los que yo llamo auto-mofa, ya que de vez en cuando no está mal practicarlos un poco. La jornada termina con normalidad y regreso a casa para comer, pero por el camino cambio de idea. Hoy no me apetece morir intoxicada, pues eso de la cocina no es mi fuerte –lo admito–. Tengo la excusa perfecta para volver a un café-bar que conozco bien, aunque para ser sincera conmigo misma diré que es la excusa perfecta para volver a verle a él... Hace unas semanas que me he fijado y creo que comienza a gustarme, –vale, no lo creo, lo sé–. Es un camarero guapete con el que he sentido conexión. No me atrevería a llamarlo amistad, pues esa palabra para mí tiene un gran significado. Supongo que las hormonas han cumplido su misión y es por eso que ahora me ha dado por pegarme a él.

Ahí está, en la barra del bar, a punto de coger una bandeja llena de bebidas que servir. Pasa veloz por mi lado guiñándome un ojo con gesto cómplice. Me siento en la terraza cubierta y espero que él se acerque para tomarme nota. Mientras tanto, me dedico a observarle –no es mal pasatiempo–. Él es, sin duda, habilidoso para el arte de servir. Yo habría tirado la bandeja con mucho menos de lo que él lleva en ella. Mide alrededor de metro setenta y cinco. Su cuerpo es robusto; pelo corto rizado y negro azabache; piel muy morena, lo que me lleva a pensar que, tal vez, tenga raíces latinas. Ojos castaños, labios carnosos, nariz ancha. Lleva tatuajes en ambos brazos. En uno se ha tatuado una especie de flecha que atraviesa una preciosa brújula. En el otro brazo luce un tatuaje tribal que lo cubre por completo hasta el codo. Por supuesto, también me he fijado en sus manos, pues me parecen bonitas, aunque algo pequeñas. Minutos después, se acerca a mí sonriente:

—Buenas, Julia. ¿Cómo estás?

—Hola, Marc. Todo bien, gracias —respondo colocándome el pelo tras la oreja—. Y tú, ¿cómo lo llevas con el calor que hace?

—Bueno..., necesitaré una ducha cuando salga de aquí. Seguro. —Nos reímos—. ¿Qué va a ser hoy, guapa?

Me inclino para señalar en la carta, solo pretendo ser amable –es obvio que me miento a mí misma–. Creo que el objetivo ha sido alcanzado, me ha mirado el escote. Se marcha sonriendo y me sirve poco después. La comida transcurre tranquila mientras él continúa con su ajetreado trabajo, que no le deja ni respirar. Es la hora punta y el bar está repleto de gente, así que en vista del percal he tenido mucha suerte de encontrar mesa libre. Termino, me acerco a la barra para pagar. Él, veloz como un rayo,

no piensa dejar que me marche así, sin más. Se aproxima con astucia, me invita al postre. Nuestras manos entran en contacto por primera vez cuando me da el tique. Sonrío y me marchó.

Estoy casi a punto de tirar el tique cuando, por suerte, le doy la vuelta y descubro algo escrito a mano: ¡es su número de teléfono! Pongo cara de idiota, más o menos el típico careto de la cría quinceañera pillando cacho con el popular de la clase. Me siento ridícula, pero no puedo negar que me hace ilusión. El corazón se me acelera, me sudan las manos. Decido que es hora de guardar el tique antes de volverlo papilla.

Mi móvil suena, es Iris, mi inseparable y alocada amiga; la que da chispa y color a mi vida. Ya está impaciente por verme. Es irónico que insista en recordarme la importancia de la puntualidad cuando siempre es ella la que llega tarde a todos lados. Me subo a la moto y conduzco rumbo al Fika, el bar en el que hemos quedado. Yo también estoy impaciente.

Capítulo 3

BUSCANDO A WALLY

Llego tarde porque he pillado atasco y ya voy acelerada –típico en mí...–. Entro en el bar, donde Iris me espera. La veo al fondo y me apresuro tanto que tropiezo con un carrito de bebé. Como es natural, el niño comienza a llorar. Yo me pongo roja, rosa, verde y amarilla. La madre de la criatura dice que no pasa nada al tiempo que yo me disculpo tantas veces que vuelvo a ponerme de mil colores. Avanzo tratando de recobrar el color normal de mi piel, a pesar de la mofa que puedo ver a lo lejos en la cara de Iris, la cual no me ayuda en absoluto. La miro molesta para que deje de hacerlo, pero se ríe todavía más –buena gente, le llaman...–. Le regaño en cuanto llego a su lado y, claro está, la culpo por lo que acaba de suceder. Ella me responde con un suave manotazo sobre mi brazo en señal de desacuerdo y, acto seguido, dice:

—¿Se puede saber qué te pasa? ¡Hoy estás más zopenca de lo normal!

—Gracias por el cumplido —respondo haciéndome la ofendida.

—Ya sabes que te lo digo con cariño, Juliña. ¿Ha pasado algo que yo no sepa? —Ella frunce el ceño mientras yo sonrío con malicia.

—Hoy he ido a comer al bar de Marc. Todo fue bien, pero cuando me dio el tique... —Me detengo para generar más expectación.

—¿Qué? —dice con gesto confuso—. ¡Cuenta, no seas zorrón!

—Me escribió su número de teléfono por detrás, ¡agonías!

—¡Ah, eso ya es otra cosa! —grita entusiasmada dando palmas de emoción.

Se alegra incluso más que yo, la gente de alrededor nos mira con gesto entre divertido e incrédulo. Ella es demasiado efusiva para todo y le da lo mismo –yo me he tenido que ir acostumbrando poco a poco–. De inmediato, empieza a fantasear imaginando cosas que casi seguro no van a suceder; al menos no como ella piensa. Me aconseja llamarle, pero dice que espere un poco para no parecer una «Pringada arrastrada y desesperada». Palabras textuales. Supongo que así es como me ve... ¡Vaya imagen ofrezco al mundo!

Continuamos charlando animadas mientras me cuenta anécdotas de su tercer novio/ligue/follamigo, o como quiera que lo considere Iris, de estos

últimos dos meses. Me divierto muchísimo con ella, es una chica risueña, alegre y alocada que lo hace todo mucho más agradable. Otra cosa no, pero las risas a su lado están aseguradas. El tiempo se me pasa volando y, cuando me quiero dar cuenta, casi me da un infarto; ¡son las cinco menos cuarto! ¡Me largo echando chispas! La tienda no se va a abrir sola, joder. Me despido a toda prisa besándola en la mejilla. Ella se descojona, es obvio que le divierte verme histérica.

Correteo hacia mi moto, que hoy ha decidido tocarme las narices: no arranca. Iris se aproxima en cuanto lo ve, pero es evidente que no pretende ayudarme. No, solo lo hace para cachondearse un poco más de mí –cuando quiere puede ser muy repelente–. Se burla sin compasión.

—¿Quién es la agonías ahora? Ve andando al curro, o mejor..., ¡no vayas! ¡Vive la vida, joder! —Se parte de risa.

La miro con furia, estoy casi a punto de estrangularla cuando la moto regresa a la vida. ¡Gracias a Dios! Unos minutos más y no me habría hecho cargo de mis actos. Nos despedimos de nuevo y vuelo hacia la tienda. Son las cinco y cuarto, pero, por suerte, mi jefa, Silvia, no está todavía. Cuando quiero puedo ser un desastre, aunque en realidad no es necesario que me lo proponga; creo que ya viene de serie conmigo.

La tarde transcurre tranquila, los clientes me ayudan a abstraerme de mis pensamientos, pero en cuanto me quedo sola me da por pensar en Iris. Recuerdo la época en la que nos conocimos cuando comencé a trabajar en un bar de copas insegura, deprimida y muy necesitada de dinero. Mi primer trabajo y casi mi primer contacto con el ocio nocturno a los veinte años... Ella, segura de sí misma, divertida, alocada y puede que sintiendo la necesidad de protegerme, se convirtió en mi tabla de salvación. Jamás lo habría imaginado el día que la vi por primera vez, pues en ese momento me transmitió una gran sensación de temor e incertidumbre con esas orejas llenas de piercings; el pelo negro con mechas azules en un moño alborotado; tatuajes coloridos en los brazos; un piercing septum en la nariz; ropa estrafalaria y una primera impresión apática y prepotente. Aquel día, ella me explicó cómo funcionaba el cotarro y, la verdad, fue de todo, menos agradable.

—¿Estás segura de querer trabajar aquí? Me da que esto no es para ti.

Eso fue lo primero que me dijo con gesto indiferente mientras mascaba un chicle. Luego, a toda prisa y con desgana, me dio las explicaciones que consideró oportunas y se largó dejándome allí plantada. Yo, que no me había enterado de nada, me sentí la persona más inepta del mundo... La música a todo volumen me impedía concentrarme, así que lo único que hacía era meter la pezuña una y otra vez mientras los días pasaban. Supongo que en algún momento, Iris sintió lástima por mí y decidió echarme un cable –¡por suerte!–. Entonces, su actitud cambió por

completo, se volvió más paciente y cariñosa y fue así como descubrí a la gran persona que lleva dentro: ese corazón amable y tierno que me envolvió con dulzura buscando protegerme. De ese modo y, casi sin darme cuenta, comencé a reconstruirme muy poco a poco.

Termina la tarde, cierro la verja y echo a andar justo cuando comienza a lloviznar. ¡Menos mal que he aparcado la moto cerca! Me subo a la Vespa, pero en el momento en que trato de arrancarla vuelve a fallar y esta vez parece que no regresará a la vida. Por más que trato, no consigo encenderla. ¡Genial! Ahora llueve con más intensidad, así que opto por refugiarme en un portal cercano. Resignada, cojo mi móvil para llamar al seguro. Marco el teléfono y, al levantar la cabeza, doy un salto bastante ridículo del que me avergüenzo de inmediato. Tengo a Marc frente a mí y ni siquiera me había dado cuenta. Cubriéndose con un paraguas, me sonrío con complicidad. Al otro lado del teléfono la teleoperadora habla, pero yo no soy capaz de pronunciar palabra.

—¿Qué? Te refugias de la lluvia, ¿no? ¿Quieres que te lleve a casa?
—pregunta animado.

Me quedo pasmada, aunque consigo reaccionar a tiempo y corto la llamada para poder centrarme en una única conversación. Es obvio que esta me interesa mucho más. Le confieso el incidente de la moto y se ofrece a ayudarme. Trata de arrancarla, pero no hay manera, así que vuelvo a llamar al seguro. Esta vez la pobre teleoperadora recibe respuesta. Me dice que he tenido suerte porque hay una grúa cerca que está libre, vendrán enseguida. Marc espera conmigo mientras hablamos sobre cómo nos ha ido el día sin mencionar, ni por un segundo, el asunto del tique. Yo no tengo el valor suficiente y por lo que parece, él tampoco.

Poco después, aparece la grúa. Marc se ofrece a llevarme a casa en su coche. Yo, la verdad, no me hago de rogar, aun a riesgo de parecer una «pringada arrastrada y desesperada», tal como decía Iris. Me cobijo bajo su paraguas, él posa su mano sobre mi hombro con suavidad. Me abre la puerta del coche cubriéndome todavía. Una vez dentro, pregunta a dónde ha de llevarme. Se lo indico y comienza a conducir. Durante el trayecto, charlamos sobre la moto y me cuenta que él también tuvo una hace tiempo. Así es como descubro su edad, tiene veinticinco, un año menos que yo, aunque en realidad aparenta más –y no me importa en absoluto...–.

Llegamos a mi calle, me mira sonriendo. Para no variar, me pongo de los nervios y me despido de forma atropellada porque, joder, a mí me mola dar el cante. Cojo el bolso, que está todavía abierto. Como es lógico, la ley de la gravedad hace acto de presencia y se me cae casi todo lo que llevo dentro. Me ruborizo y me cago en todo por lo torpe que soy. ¡Menudo ridículo estoy haciendo! Marc me ayuda a guardar las cosas mientras yo solo pienso en abortar misión. Abro la puerta del coche casi

sin dejar que él pueda despedirse y, entonces, dice:

—Espero que no hayas tirado el tique...

Sonríó como una estúpida, cierro la puerta, corro hacia mi portal, aunque no sin antes tropezar por el camino. Lo que me faltaba... ¡Todavía sigue ahí! Permanece observándome y puede que planteándose el hecho de haberme dado su número de teléfono. En apenas unos segundos acabo de perder toda la elegancia y serenidad que llevo días esforzándome por mostrar en su bar. Que no, Julia, no reniegues de tu naturaleza zopenca. Entro en mi portal y, una vez en el ascensor, comienzo a relajarme. Escondida aquí dentro me siento mejor. Sin duda, por hoy ha sido suficiente.

En casa me recibe mi adorado gatito, Flash. Se frota a mis piernas con dulzura, ronronea. ¡Lo adoro! Voy hacia la cocina, abro la nevera y descubro mi amarga realidad: no hay nada para cenar. ¡Bien, otro día más alimentándome del aire! Me repito a mí misma que debo ser más organizada y responsable, pero sé que todavía no he llegado a ese nivel. Sigo en el anterior y, de momento, por tiempo indefinido. Decido llamar a Luis, mi mejor amigo. Desde que le conocí en la facultad nos volvimos inseparables. Por fortuna, un buen día él decidió sentarse a mi lado y atreverse a conocerme –le echó huevos al asunto, no le quitemos mérito...-. A partir de entonces, forjamos una bonita amistad. He tenido suerte porque es una gran persona. Me gusta su serenidad y la forma tan delicada y acertada que tiene de decir las cosas, su empatía y sinceridad. Es muy noble y sé que puedo contar con él en todo momento. Trabaja por su cuenta ejerciendo como psicólogo, así que, además de ser mi amigo, también es mi loquero.

Los tonos de la llamada suenan y suenan, creo que no va a responder, pero por suerte lo hace en el décimo pitido. Le cuento en qué situación estoy: desnutrida y abandonada. Se apiada de mí y decide venir a cenar conmigo. Le espero ansiosa. Tengo ganas de verle, pero, sobre todo, tengo hambre.

Suena el timbre, Luis entra con dos pizzas y unos refrescos. Menos mal que es precavido porque las únicas bebidas que tengo son agua, agua y... agua. Vamos al salón y nos acomodamos en el sofá para comenzar a cenar. Charlamos sobre cómo nos ha ido en estos días, en un ambiente relajado y distendido que me hace sentir muy cómoda.

—¿Estás bien, Julia? —pregunta mirándome a los ojos cuando hemos terminado.

¿Cómo demonios lo hace? ¡Siempre sabe cuándo me ocurre algo! Le miento diciéndole que todo está en orden porque hay ciertas cosas que no debo contarle. No es un amigo cualquiera, es un amigo pirado. No puede

tener la mente en su sitio si está colado por mí. Le quiero, como amigo... Y es un chico atractivo, alto, rubio, ojos color miel, rasgos dulces, barba siempre perfecta y un aspecto muy elegante, pero no he logrado conectar con él más allá de la amistad.

Luego de mentirle, Luis sonrío con sarcasmo, es obvio que no se lo ha tragado. Debería practicar más el arte de mentir; de hacerlo, al menos, con algo de gracia. Coge el vaso para darle el último sorbo mientras yo observo su mano –no puedo evitar fijarme en esta parte del cuerpo de todo hombre que se cruza por mi vida; aparte de otras, claro...-. Es grande y larga, con las venas marcadas –hablo de su mano...- y con un aire masculino que me resulta muy seductor, pero no... No me siento vibrar con él, esa es la verdad. Luis se levanta del sofá diciendo que se le ha hecho tarde. Nos despedimos junto a la puerta.

—Cuídate, guapa —dice besando mi frente con delicadeza.

Me quedo sola de nuevo, al menos tengo a Flash... Voy al salón para recoger los cacharros de la cena. Lo dejo todo tan impoluto que casi no me lo creo Hoy me merezco un premio, lástima que Marc no esté aquí. Sonrío como si fuera una salida de mierda –y, de hecho, puede que lo sea un poco...-. Son las doce y cuarto, el momento ideal para ponerme a buscar el tique, tique que no encuentro por ningún lado. Esto es peor que buscar a Wally. ¿Qué demonios ha pasado con él? ¿Se ha volatilizado o qué? Joder... ini queriendo podría ser más anormal! ¡Lo he perdido! Empiezo a dar vueltas por la casa buscando entre mis bolsillos como una auténtica posesa. ¡Nada! Revuelvo dentro del bolso y después lo vacío sobre el suelo. Bueno, en realidad lo vacío sobre mi pobre Flash que echa a correr maullando asustado. Es probable que se sienta desgraciado teniendo una dueña como yo, pero, en fin, la vida es dura... Rebusco y nada, no está. ¿Y si se me cayó en el coche de Marc? Bien, eso es lo ideal para hacer un poco más el ridículo. Intento relajarme... Tiene que haber una solución, una solución lógica, pero sobre todo... ¡una solución digna! Nada, estoy bloqueada y no se me viene nada a la mente. Necesito ayuda, ¡ayuda urgente! Llamo a Iris, pero no responde. Trato de pensar, hacer memoria. Quizá me dejé el tique olvidado en el bar, en la tienda...

Suena mi móvil, Iris me está devolviendo la llamada. Comienza a chillar como una loca en cuanto le cuento lo que ocurre. Justo lo que necesitaba, unos gritos relajantes. Le pido que se calme y que me ayude a pensar como una persona normal y cuerda. Parece mentira que tenga que ser yo la que ponga calma en el asunto.

—¿Qué cojones te pasa ahora? —le digo en cuanto comienza a reír a carcajadas.

—¡Te lo olvidaste en el Fika, tonta! Si no llega a ser por mí... —dice

orgullosa.

—¡Mira que eres cabrona! —le espeto riendo también.

—Creo que llamaré yo a Marc... —dice poniendo voz sensual.

Si algo me ha quedado claro en todo este tiempo, es que cualquiera de los dos somos para darnos de comer a parte. Dice que me dará el tique en cuanto nos veamos y me repite el número para que lo apunte mientras tanto. Cuelgo el teléfono, me tumbo en el sofá ya relajada. Flash sube a mi regazo, yo acaricio su suave pelaje. Me quedo mirando la televisión sin prestar atención, los ojos me pesan. Los cierro, me dejo llevar por Morfeo... Por una vez consigo conciliar el sueño sin esforzarme. Mañana será otro día, eso pienso justo antes de quedarme dormida.